

CONCIENCIA y neuroética



Juliana González Valenzuela

La crisis de las concepciones dualistas –alma-cuerpo, espíritu-materia, naturaleza-cultura– cada vez es más patente. Al parecer, la neurociencia actual se debate entre reducir el fenómeno de la conciencia a la omnipotencia del cerebro o bien buscar una nueva lógica capaz de dar razón de la unidad y dualidad simultáneas de la naturaleza humana.

En pos de una visión integral

En la actualidad existe un reto verdaderamente crucial para las ciencias de la vida y para la filosofía (sobre todo en su vertiente ética): el de dar razón de la paradójica “unidad dual” de la naturaleza humana, lo cual equivale a superar los dualismos tradicionales entre *psique* y *soma*, alma y cuerpo, espíritu y materia, pensamiento y extensión, mente y cuerpo, naturaleza y cultura, necesidad y libertad, sin que ello implique desembocar en un *monismo reduccionista* (es decir, explicar la naturaleza humana sólo con base en un factor, no una dualidad, reduciéndola al cerebro).

Hoy este desafío adquiere máxima relevancia, debido a los hallazgos científicos de la actual teoría de la evolución, la genómica y la neurobiología de los últimos lustros. En especial de esta última, que ha venido a dar una empírica e irrevocable comprobación de lo que el genio de Hipócrates había anticipado en el siglo V antes de nuestra era, al otorgar al cerebro el origen de las principales capacidades psíquicas y mentales del ser humano.

La crisis de las concepciones dualistas se hace ciertamente cada vez más patente, en relación directa con el reconocimiento creciente, por parte de la neurociencia, de las extraordinarias capacidades del cerebro humano. Ello nos lleva a buscar otra explicación sobre la naturaleza humana a partir de interrogantes como éstas: ¿el reconocimiento de la omnipotencia del cerebro tiene un necesario desenlace



monista? ¿Conlleva éste un inevitable reduccionismo? ¿Cómo dar razón de la libertad humana, de la capacidad creativa del *Homo sapiens sapiens*? ¿Pero cómo superar el monismo reduccionista sin desembocar en nuevos dualismos?

La obra reciente de algunos neurobiólogos, como en nuestro medio José Luis Díaz, se inscribe en el marco de estas trascendentales y universales cuestiones, que abordan con notable dominio de temas, autores y disciplinas, así como con auténtico denuedo científico y filosófico, buscando responder de forma original y proponiendo caminos que permitan superar los extremos excluyentes. Parecería, en efecto, que la neurociencia actual se debate entre estas dos posibilidades: insistir en formas de reduccionismo que le permiten llegar a juicios contundentes y avanzar con más seguridad, o bien, buscar una nueva lógica capaz de dar razón de la unidad y dualidad *simultáneas* de la naturaleza humana.

Baruch de Spinoza sería un modelo a seguir en el campo de la filosofía, y así lo reconocen varios neurocientíficos como Antonio Damasio (2005) y José Luis

Díaz (2007). Frente al dualismo de Descartes, que distingue el alma del cuerpo como dos sustancias distintas, sólo vinculadas a través de la glándula pineal, Spinoza considera que la sustancia sólo puede ser una y sólo una, pero posee infinitos “modos” de ser, de los cuales sólo conocemos dos: el pensamiento y la extensión; aquello que se manifiesta como alma, o como cuerpo. De este modo, el mismo Principio Espiritual, que es Dios, no es otra realidad que la Naturaleza (panteísmo). En el caso del hombre, éste tampoco constituye una sustancia sobre otra o, como diría Spinoza, “un imperio en otro imperio”; no tiene una esencia puramente racional, inmaterial, incorpórea que simplemente se halla fuera del imperio de la Naturaleza universal. Es un ser natural, como todos, y la naturaleza es la suprema racionalidad. Alma y cuerpo entonces no son dos realidades, son la misma “sustancia” que se manifiesta de dos modos: como cuerpo o como alma. Lo cual implica, entre otras cosas, reconocer la excelencia o el “poder” del cuerpo, poseedor de la misma dignidad ontológica que el alma. Ideas éstas que, en su tiempo, el intolerante siglo XVII, habrían de costarle a Spinoza el anatema: la expulsión tanto de los católicos como de los judíos, y de hecho de toda comunidad.

¿Cómo podrán las neurociencias del presente acercarse a una solución análoga a la de Spinoza, desde una perspectiva y una concepción no metafísicas? ¿Qué alcances morales y culturales puede tener una propuesta que ve al cuerpo “homologado” con el alma, al alma y la conciencia naturalizadas, en unidad cuerpo y alma, materia y espíritu; que reconoce en efecto el poder del cerebro, que incluso llega a concebir al hombre como “hombre neuronal” en la significativa expresión del neurocientífico francés J. P. Changeux?

Son fáciles de advertir los alcances en el orden de la cultura tradicional que las neurociencias han logrado al abrir transformaciones tan de fondo en la comprensión de la vida y de la naturaleza humana. Sobresale la defensa de un aspecto “espiritual” de la conciencia, sin dualismo alguno, así como el reconocimiento de la significación corporal y cerebral de todo proceso psíquico mental, sin monismo reduccionista. En efecto: nada espiritual ocurre con independencia de los hechos cerebrales, pero éstos por sí solos no dan razón de los hechos psíquicos, conductuales y cultura-



les. De este modo, queda demostrado que los valores del “alma” y de la libertad tienen un fundamento neurológico, invalidando el dualismo.

La propuesta de tipo spinozista de estos neurocientíficos tiene una decisiva significación tanto en el nivel de la ontología como de la ética contemporánea. Y es a estos niveles a los que quisiera atender, en particular seleccionando algunas de las ideas de la obra de José Luis Díaz, *La conciencia viviente*, imprescindible para el abordaje de estos temas.

La hipótesis de un “monismo de doble aspecto”

El cerebro –diríamos– es infinitamente más complejo, más rico y “operante” de lo que se creía. No es cualquier cuerpo: es un cuerpo “emparentado” con la psique, por así decirlo, e intrínsecamente “fundido” con el mundo. Es, en otros términos, universo cerebral.

La conciencia como tal es viviente porque está unida a la vida; no es ciertamente un ámbito separado del único “imperio”, que es el de la naturaleza. No se trata de una sustancia metafísica con dos modos de ser, sino de dos aspectos o facetas de una realidad psicofísica única. Teoría que en efecto busca dejar atrás el dualismo: mente y cuerpo constituyen una misma realidad pero sin desembocar en un monismo que reduzca un aspecto al otro, la vida psíquica a la vida neuronal, como un hecho únicamente biológico, una red complejísima de neuronas y neurotransmisores. No hay reduccionismo porque se afirman a la vez los dos aspectos. Tanto la vida cerebral como la de la conciencia constituyen procesos ordenados, dinámicos e “isomorfos”. Un ejemplo de esto es la música, cuya particularidad sería este discurrir en dos aspectos de un mismo fenómeno psicofísico como un proceso ordenado en pautas, sistemático espacio-temporalmente.

El proceso de la conducta

Un aporte decisivo para una comprensión cabal del problema y su posible superación es reconocer y enfatizar que no hay solamente dos procesos de mente y cerebro sino *tres*. Existe –según José Luis



Díaz– un proceso que sirve de puente entre los otros dos: la conducta o comportamiento. Proceso que abarca al individuo integral, con todo su cuerpo en acción en el mundo, y no sólo su mente o su conciencia, como si fuese un elemento aislado. Estos tres procesos tendrían elementos comunes, y a la vez otros que le son propios y distintivos, lo cual los hace finalmente irreductibles los unos a los otros. *Existe una íntima relación entre cerebro, conciencia y conducta.*

En este punto es importante recalcar, con el filósofo francés Merleau Ponty, que el cuerpo humano es también “cuerpo viviente”. Y esto significa que es, asimismo, irreductible a mero objeto, y que –como ve asimismo el filósofo Eduardo Nicol– posee como nota distintiva esencial la expresión. Y agregaríamos que la expresión es acción creativa.

Movimiento emergente

Un recurso más para mostrar la coexistencia de lo uno y lo múltiple, del movimiento en la coherencia, de la conjunción del azar y la necesidad, puede encontrarse en la hipótesis de la *parvada* que propone José Luis Díaz como correlato cerebral de la conciencia, pues en una parvada el movimiento es unificado, simultáneo, imprevisto y a la vez “dirigido”, sin que

haya ningún líder, respondiendo de forma unitaria y múltiple a los estímulos, tanto necesarios como azarosos, del “rumbo”. Lo mismo ocurre si se trata de desplazamientos de enjambres de abejas o columnas de hormigas, etcétera.

De este modo, en la *emergencia* de una función cerebral superior en forma de enjambre de actividad funcional “encontramos” la forma de explicar el dato “prodigioso” de eso que he conceptualizado como “unidad-dual” que implica una síntesis dialéctica. Pero también debemos reconocer que, por el momento, las hipótesis que intentan explicar el fundamento neuronal o cerebral de la conciencia son un esfuerzo tentativo, aún lejano, de una exacta comprobación empírico-científica.

Muy esquemáticamente pueden destacarse otras tres notas distintivas de la conciencia –señaladas por Díaz– que a nuestro juicio tienen singular trascendencia en el orden ontológico y ético. a) La conciencia es viviente y es vivencia porque está fuertemente ligada y unida a la vida, porque es, de hecho, una categoría central en tanto que experiencia real, concreta, viva. b) Husserl enseña que la conciencia es “intencionalidad” y conlleva representaciones del mundo, del cuerpo y de la propia mente. Si esto es así, se infiere que no se trata solamente de una función del cerebro aislado; es el cerebro tocado por el mundo, afectado y transformado por el mundo y por “el otro”. c) La conciencia no es una sustancia, sino un *proceso*, es un flujo temporal y no una esencia.

Sujeto y libertad

Ante el amplio debate en las ciencias de la vida acerca de la existencia del sujeto humano, es importante convenir que el sujeto ya no puede concebirse como un objeto o una entidad inmutable, sino como unidad cambiante y persistente a la vez. Es, en última instancia, el sujeto integral el que ahora cobra relevancia, pues es en referencia a él que se predicen los atributos psíquicos y corporales. El individuo completo, vivo e interactivo, es el que puede autónomamente sentir, percibir, razonar, simbolizar, valorar, emocionarse o querer. Por su claridad y contundencia, así como por la trascendencia que tienen estas caracterís-



ticas de la conciencia viviente para la conciencia moral y para la ética como tal, cito y subrayo en lo que sigue algunos pasajes de *La conciencia viviente*, de J. L. Díaz.

[Importaba] mostrar cómo la teoría integral de proceso pautado y perspectiva múltiple reconciliaba el conflicto entre determinismo y libre albedrío [...] la libertad se experimenta en un estado de autoconciencia que no implica ausencia de causa [...] Una vez que un cierto proceso fisiológico adquiere cierta complejidad y topología, adquiere la capacidad de autorregulación y dirección (p. 85).

La conciencia es prospectiva porque tiende a elaborar y alcanzar fines, porque no se conforma con lo dado sino que se propone un trabajo constructivo (p. 52).

[...] la voluntad es un fenómeno real que se puede caracterizar por la actividad de ciertas zonas cerebrales... que tiene causas y consecuencias [...]

La conciencia moral viviente expresa, ciertamente, la conciliación de determinismo y libertad, y se define por su capacidad de dirigirse a fines y crear sentido; es una forma de *autopoiesis*. La *piesis* y la *autopoiesis* son notas constitutivas, ontológicamente definitorias del ser humano, escribió Eduardo Nicol. La conciencia

moral, entonces, tiene una contraparte cerebral, por lo que tiene causas y es causa ella misma, lo que puede ser fundamento de una nueva ética. Una ética “naturalizada”, unida a la vida y con ella al universo neuronal del cerebro humano, sólo puede ser ética si las redes neuronales son abiertas, dinámicas y “plásticas”, es decir, si cuentan con la posibilidad de la libertad.

Las emociones, la autoconciencia y la mente plena

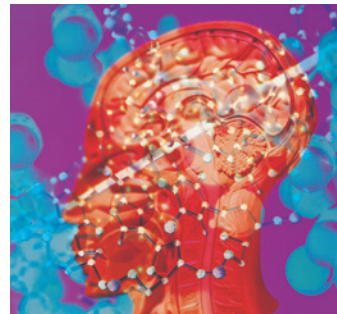
Las nuevas neurociencias enseñan que el origen de las emociones está en el cerebro y no en el “corazón”; que las emociones son “localizables”, en principio, en el hipocampo, la amígdala o en general en el sistema límbico (tema señaladamente desarrollado por Antonio Damasio, 2005, 2006). También se ha descubierto que hay emociones que involucran a la corteza cerebral, y en consecuencia que hay un significativo nexo entre emoción y razón. Asimismo, en la obra de José Luis Díaz sobre la actual investigación cerebral acerca de las emociones resalta el hecho de que se dan en *polaridades básicas*: agrado o desagrado; relajación o excitación. Desde aquí se puede desplegar una vasta clasificación de las emociones que amplía las posibilidades de la investigación para encontrar sus bases naturales.

La clave de la conciencia no está sólo en su inherente temporalidad y dinamismo, sino a la vez en el hecho de constituir un biosistema jerárquico de múltiples niveles con propiedades emergentes que desafían por ahora una concepción científica. En la jerarquización de los niveles de la conciencia –atendidos por Díaz–, los más altos serían, primero, la autoconciencia, base de la ética y, segundo, la mente plena resultado de la experiencia de concentración y meditación, etcétera.

Y si bien la autoconciencia es clave de la conciencia moral, uno de los capítulos más significativos de la moderna investigación en neurociencia cognitiva es probablemente el relativo al más alto nivel de expansión de la conciencia, ejemplarmente representado por el éxtasis meditativo, el cual abre horizontes nuevos y de indudable valor en la comprensión de las prácticas de meditación (como en la concepción budista). El saber neuronal de la conciencia puede ayudar a escl-

recer y actualizar la significación del budismo y de otras prácticas tradicionales de introspección. Y a la inversa: la experiencia vital que conlleva el éxtasis meditativo enriquece la comprensión científica y filosófica de la conciencia.

Juliana González Valenzuela es doctora en filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México, profesora emérita de la Facultad de Filosofía y Letras e investigadora emérita del Sistema Nacional de Investigadores. En 2004 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes, en 2006 el doctorado *honoris causa* de la UNAM, y en 2007 el Premio Universidad Nacional en Investigación en Humanidades. Actualmente dirige el Seminario de Investigación de Ética y Bioética de la UNAM, los Diálogos de Ética y Bioética (www.eticaybioetica.unam.mx) y la Biblioteca de Ética y Bioética. Es miembro de la AMC. almadeliacuevas@gmail.com



Lecturas recomendadas

- Damasio, Antonio (2006), *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*, Barcelona, Crítica.
- ____ (2005), *En busca de Spinoza: neurobiología de la emoción y los sentimientos*, Barcelona, Crítica.
- Díaz, José Luis (2007), *La conciencia viviente*, México, Fondo de Cultura Económica.
- González Valenzuela, Juliana (coord.) (2008), *Perspectivas de bioética*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM.
- González Valenzuela, Juliana (coord.) (2009), *Filosofía y ciencias de la vida*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM.
- Nicol, Eduardo (1957), *Metafísica de la expresión*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ____ (1963), *Psicología de las situaciones vitales*, México, Fondo de Cultura Económica.